

El Eco de Cartagena.

AÑO XXXI—NÚM. 8627

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

Cartaga. A.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincia, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde el 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Camartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 30 de Julio de 1890.

APRESTARSE A LA DEFENSA

Desde que la epidemia cólerica que aflige a los pueblos anclavados en una vasta extensión de la provincia de Valencia, perdió el carácter transitorio que los optimistas le asignaron desde un principio y más principalmente, desde que en la capital valenciana se repiten los casos de cólera con lamentable frecuencia, se puede considerar como obligación sagrada é ineludible de las poblaciones expuestas a ser víctimas de la propagación del mal, el prestarse á una decidida y eficaz defensa, con objeto de hacer cuanto humanamente sea posible, por librarse de la horrible calamidad que constituye los estragos que en la salud pública siempre causa la peste asiática.

Que Cartagena se encuentra en el número de las localidades más expuestas á sufrir la importación de los gérmenes cólericos, lo demuestran con incontrovertible razón su proximidad relativa á Valencia y sobre todo las importantísimas relaciones comerciales que con ella le unen. Es pues indiscutible que si este pueblo no ha perdido el instinto de conservación y que si aprecia toda la verdad que encierra aquella sentencia que proclama como la suprema ley la salud pública, Cartagena debe salir de la punible apatía que de ordinario la hace haciendo un paréntesis en su existencia de ser, siquiera sea, en grado de asunto que reclama una muestra de actividad vitalidad.

Las continuas excitaciones de la prensa local, las energías reclamaciones formuladas en la última sesión del Ayuntamiento por los concejales Sres. López Rodríguez, Masot y Jorquera y la unánime ansiedad que experimenta este vecindario, son cosas que suficientes, para que por la Corporación Municipal ó por su presidente, se trace la pasividad que motiva estas líneas, por la más conveniente actividad en favor de las medidas sanitarias que como hemos hecho constar, no pueden estar más indicadas en las circunstancias presentes.

Es preciso tener organizado para que resulte fácilmente hacadero, lo que en los supremos instantes de la necesidad se convierte en poco menos que cosa imposible de realizar. Nosotros que hemos experimentado personalmente los efectos de la imprevisión que nos ocupa, hemos podido apreciar los incommensurables obstáculos que se montaron cuando bajo la presión de la emergencia, se pretenden reunir los elementos necesarios, que la previsión ha de haber organizado y disponer con la antelación debida.

Aunque tratándose de la salud pública, no debe considerarse el consabido argumento de la carencia de recursos como medio de disculpa, estamos dispuestos á demostrar, que la organización defensiva que con nosotros reclama Cartagena entera, no exigiría el más leve sacrificio al tesoro Municipal, circunstancia que, hacemos constar, para patentizar lo hacadero de una obra que tienen algunos por imposible á juzgar por el abandono en que la dejan. Repetimos que cuando se trata de la salud

del pueblo, sus corporaciones administrativas, están obligadas hasta practicar lo rayano en lo imposible; para buscar recursos con que subvenir á las exigencias de un azote que causa tantos más estragos; cuanto mayor es la pasividad con que se le sufre.

LA MUJER ESPAÑOLA

LA CLASE MEDIA.

En España tiene sentido muy lato la palabra *clase media* ó *burguesa*.

Sus límites son tan indeterminados, que cabe en ella desde la mujer del opulento fabricante—que es *clase media* sólo porque no es aristocracia,—hasta la mujer del telegrafista ó del subteniente,—que es *clase media* sólo porque no es pueblo.

Se necesita para precisar algo la clasificación (aunque sea basándose en circunstancias externas,) decir que pertenece á la burguesía la mujer que no viste como el pueblo, que paga un criado ó criada que la sirva, pos e una salita donde recibir á quien la visite, etc., etc.

El menor cargo oficial en la familia, el pretexto más leve, hasta á la mujer española para ingresar en el número de las señoras ó señoritas, y salir de las filas del pueblo propiamente dicho.

Toda española aspira á demostrar que ha nacido «con buenos pañales», y entiendo que son mejores pañales aquellos en que envuelve á sus hijos el empleado de cortísimo sueldo y precaria existencia, que los que compra con su sudor el artesano ó oficial mecánico, como por ejemplo un platero, un relojero, un ebanista.

Aunque en casa del industrial se viva con desahogo y en la del empleado ó militar se pasen estrecheces y agonía, la española prefiere el segundo, porque casada con un capitán ó un oficial de Fomento se cree *señora* indiscutible.

En esto mismo no hace la mujer sino reflejar las ideas masculinas.

Un oficial de Fomento con mil quinientas pesetas de sueldo no es rechazado del mundo elegante; puede ir á un sarao, bailar con las duquesas, alternar con todos.

Un ebanista ó un tendero de ultramarinos que gane con su profesión mil ó dos mil duros al año, nunca será tenido por «caballero».

Igual antipatía que experimenta contra los oficios mecánicos y las profesiones industriales la mujer de la clase media española, la anima contra la idea de poder ganarse la vida por medio de su trabajo.

En esto tampoco es espontáneo; conserva el criterio que le han imbuido de la niñez.

La hija del pueblo, chiquita aun, aprende ya á quejarse del pedazo de pan haciendo recados, sirviendo, cosiendo, en la fábrica de tejidos, en la de cigarrillos, pregonando sardinas ó legumbres, llevando las vacas al paseo ó labrando la tierra.

Pero suponed una familia mesocrática, favorecida por la naturaleza con cinco ó seis hijas, y condenada por la suerte á vivir de un sueldo ó una renta miserable.

¿Qué van á hacer esas niñas?

¿Colocarse detrás de un mostrador?

¿Ejercer una profesión, un oficio, una ocupación cualquiera?

¡Ah! Dejarían de ser señoras, *ipso facto*.

Hemos convenido en que las señoritas no sirven para cosa alguna.

Quédense en la casa paterna, criando moho y erigidas en convento de monjas sin vocación; viendo deslizarse su triste juventud,

precuradora de una vejez cien veces más triste; reducidas á comer mal y poco, á sufrir mil privaciones, para lograr dos objetos en que fundan su única esperanza de mejor porvenir.

Primero, que tengan carrera los hermanos varones, y puedan «hoy ó mañana» servirles de amparo; segundo, no carecer de cuatro trapitos con que presentarse en público de manera decorosa, á ver si parece el ave fénix, el marido que ha de resolver la situación.

Si no parece, ¡qué melancólica existencia la de esa señorita, sentenciada á la miseria y al ocio, ó cuando más al trabajo vergonzante, escondido como se esconde un crimen, porque la clase social á que pertenece la expulsaría de sus filas si supiese que cometa la incongruencia de hacer algo más que «gobernar su casa!»

Contadas son las profesiones que la mujer está autorizada para desempeñar en España; pero más contadas aun las mujeres de la clase media que se resuelven á ejercerlas.

Hace pocos años, se graduó una doctora en medicina, Martina Castells; los periódicos ilustrados, publicaron su retrato, como el de una hembra notable y singular. Hoy por hoy, existe entre la mujer de la clase media y la del pueblo español este abismo profundo; la del pueblo tiene la noción de que debe ganar su vida; la burguesa cree que ha de sostenerla exclusivamente el trabajo del hombre.

De aquí se origina en la burguesa mayor dependencia, menos originalidad y espontaneidad.

La mujer del pueblo será una personalidad ordinaria, pero es mucho más persona que la burguesa.

Esta—dicho sea sin ofenderla, ya que no es culpa suya si la educan y preparan así—se pasa la vida en expectativa, y casi pudiera escribir en azecho de un marido. «Las señoritas no tienen más carrera que el matrimonio;» esto han oído desde la cuna, y esto ponen en práctica. Yo no diré que no la impulse el instinto amoroso, tan natural y tan simpático en la juventud; lo que sí afirmo es que el instinto no es ciego, ó va guiado por un concepto utilitario, siendo esta búsqueda del marido la única forma de lucha por la existencia permitida á la mujer. La modesta familia mesocrática escatima los garbanos del puclero, á trueque de que las niñas se presenten en paseos, teatros y reuniones bien emperejiladas y con todos los aparejos convenientes para la pesca conyugal.

Siendo el matrimonio y el provecho que reporta la única aspiración de la burguesa, sus padres tratan de educarla con arreglo á las ideas ó preocupaciones del sexo masculino, manteniéndola en aquel justo medio, con tendencia á la inmovilidad, que, según dejó indicado en artículos anteriores, desea el español para su compañera. Por más que todavía hay hombres partidarios de la absoluta ignorancia en la mujer, la mayoría va prefiriendo en el terreno práctico, una mujer que sin ambicionar la instrucción fundamental y nutritiva, tenga un baño, barniz, ó apariencia que la haga «presentable.» Si no quieren á la instruida, la quieren algo de educada, sobre todo en lo exterior y ornamental. El progreso no es una palabra vana; puesto que hoy un marido burgués se sonrojaria de que su esposa no supiera leer ni escribir.

La historia, la *novela*, la *astronomía*, las matemáticas, son conocimientos ya algo sospechosos para los hombres; la filosofía y las lenguas clásicas serian una prevaricación; en cambio, transigen y hasta gustan de los idio-

mas, la geografía, la música y el dibujo, siempre que no rebasen del límite de aficiones y no se conviertan en vocación seria y real. Pintar platos, decorar en tocación, emborronar un efecto de luna, bueno; frecuentar los Museos, estudiar *el arte*, copias de modelos vivos, malo. Leer en francés el *Figurín*, y en inglés las novelas de Walter Scott... ¡psht!, bien; leer en latín á Horacio... ¡horror, horror, tres veces horror!

Este sistema educativo, donde predominan las medias tintas, y donde se evita como un sacrilegio el *ahondar* y el *consolidar*, da el resultado inevitable; limita á la mujer, la estrecha y reduce, haciéndola más, pequeña aun que el tamaño natural, y manteniéndola en perpetua infancia. Tiene un carácter puramente externo: es, cuanto más, una educación de cascarrilla, y si puede infundir pretensiones y coñatos de conocimientos, no alcanza á estimular debidamente la actividad cerebral.

Siendo tan deficiente, desde el punto de vista intelectual, la educación de la mujer no es mucho más jugosa en el terreno práctico.

Ni nociones de higiene y fisiología, tan necesarias para el cultivo de la salud propia y de la robustez de los hijos, ni rudimentos del arte *coquinario*, ni prácticas y hábitos de exquisita limpieza y orden riguroso, ni inteligencia de esa poesía que comunica á la tribulación humana el delicado esmero, femenino, lleva generalmente al matrimonio la burguesa, que se preocupa de los detalles de la vida real, y ni aun sabe cómo ha de clasificarse en un armario la ropa blanca, ni de qué manera se evita que una lámpara arda.

Hay más: hasta para el atractivo de su propia persona no acierta la burguesa á desplegar una actividad y una inteligencia que son (aunque parezca paradójico) fruto de la cultura mejor que de la coquetería. El abandono, el prosaismo material, la *doledad* del linfatismo, la falta de hidroterapia, el desaliño en cabello, boca y manos, el mal gusto en la elección de adornos y trajes, la vida poco intelectual reflejándose en la expresión insignificante ó vulgar de los ojos y de las facciones, todo contribuye á que sólo tenga verdadero encanto la burguesa española durante un corto período de soltería y juventud, cuando esperanzada, solícita, primorosa, aguarda al marido que ha de «sacarla de penas.»

Al expresarme así, tengo que insistir una vez más en que señalo tendencias generales, y no cosas particulares, y que, fijándose en éstos, sería fácil desmentirme. Y tengo que recordar (porque no conviene perderlo nunca de vista) que la mujer es tal como la hace y quiere el hombre, y que, atendidas las circunstancias, la española todavía resulta dotada de energías y espontaneidades que revelan su excelente vein. Mucho de lo bueno que no le enseñan, lo adivina y lo pregunta por virtud de su instinto, y en los asuntos que están en su alcance y en que le es lícito tener opinión, casi siempre deja atrás al hombre en sagacidad y buen sentido.

Emilia Pardo Bazán.

(Concluirá.)

ICEBERGS EN EL ATLANTICO

Desde hace varios meses, viene llamando la atención de los navegantes y de los hombres estudiosos, el hecho de que en latitudes relativamente bajas, ó sea en la ruta que siguen los barcos ingleses y alemanes para dirigirse á los puertos de los Estados Unidos, hayan aparecido flotando sobre las aguas grande,